

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

¡DENUNCIADOS!

El Director de DON QUIJOTE

B. L. M.

al señor fiscal de S. M., y le da las más expresivas gracias por la denuncia con que se ha servido favorecerle.

MIGUEL SAWA

aprovecha gustoso esta ocasión para reiterar á dicho señor el testimonio de su consideración más distinguida.

Madrid 18 Septiembre 1902.

LA PATRIA

No, no son bizkaitarras y catalanistas los que constituyen el verdadero peligro para la integridad nacional. Las excentricidades de esos seres estrafalarios harían reír si no merecieran ser consideradas como sintoma de grave dolencia. El peligro está en otra parte. Está en los fanáticos que, introduciendo la discordia en las conciencias, dividen á los españoles, más con el criterio de sus pasiones que no con el de su fe, en santos y réprobos. Está en los secuaces del ultramontanismo que ponen la independencia nacional á merced de un poder exótico. Está en los obstinados sectarios de un pasado bárbaro que eternamente amenazaron con la guerra civil. Está en los falsarios políticos que impiden que la nación tenga voluntad, cohibiéndola y falsificándola. Está en los gobernantes ciegos que, tras haber originado el desastre nacional, nada han aprendido en la dolorosa experiencia. Está en los egoístas directores que perseveran en su intento criminal de hacer del Estado un asilo benéfico donde albergar la holganza y los vicios de una inútil y corrompida burguesía. Está en los oligarcas que hacen de la nación su patrimonio. Está en los poderosos que erigen al favor en criterio supremo de lo justo y de lo injusto. Está en los ricos que emplean su fortuna en fomentar la superstición. Está en los cultos que reniegan en público de sus creencias, para rendir homenaje á las preocupaciones imperantes. Está en los privilegiados que por ninguna razón se avienen á renunciar sus privilegios. Está en los hacendistas insensatos que creen posible la vida del Estado haciéndosela imposible al pueblo. Está en la masa informe de esa plebe desventurada, indiferente á su derecho, inconsciente de su interés, idolatra de sus verdugos, educada secularmente para la servidumbre y apta para soportarlo todo.

Todos esos perderán á España. Porque, sean cuales fueren las declamaciones del retoricismo parlamentario y tribunicio, no cabe hoy en lo posible que siga subsistiendo una nación sin justicia, sin paz, sin cultura, sin pan, esclava de todas las supersticiones, enemiga de la civilización y divorciada con el siglo. Nadie puede predecir por dónde el desastre vendrá; pero si el mal no se remedia, inexorablemente habrá de cumplirse la ley que ordena que lo vivo subsista á expensas de lo muerto.

ALFREDO CALDERÓN

Navajas y aguardiente

—¡Muchacho, otra ronda; yo la pago!—Es la sexta? Bueno; veinticuatro copas, ó, si se quiere, dos docenas.—Toma; lo que sobra para ti.—Como os iba diciendo, ahí mismo cayó, junto á la puerta. Parece que le estoy viendo más blanco que la cal, los ojos como de vidrio, un hilo de sangre por cada lado de la boca, y con la mano salva sea la parte, para que no se le saliesen las tripas, por una brecha así de grande. ¡Vaya una puñalada! Mentira parece que se la atizara el Cerilla. Vos-

otros tres le conocéis. Sin pelo de barba así de alto... una criatura, lo que se dice una criatura.

—¡Y cuidado que Juan era un hombrón!
—¡Y con fuerzas como un toro!
—¡Y una fiera para el trabajo!
—¿Cómo fué el enredarse?
—Pues ya sabéis que á Juan, en cuanto bebía una copa más de lo justo, había que dejarle.

—Tenía mal vino.
—Mal aguardiente dirás.
—Eso... Mal aguardiente... A mí, vino que me den lo que quieran, una docena de copas ó docena y media, ó, por ejemplo, dos docenas... ¿Que me emborracho?... Bueno, pues me tumbo, me duermo, y hasta otra... Pero con la bebida blanca pocas bromas. Primero parece que se bebe mismamente lumbre, y sientes luego en los sesos como si te los apretasen con un aro de hierro, los ojos se te llenan de sangre y te entran ganas de hacer daño, de herir, de matar.

—Eso debió de pasarle á Juan.
—Eso le pasó aquella noche, un sábado por cierto.

—Claro que tuvo que ser un sábado. Sólo los sábados venía por aquí el Cerilla.

—Pues como iba diciendo, Juan se había echado al colete la mar de copas de aguardiente. Sin duda había tenido alguna desazón, y el hombre, para no pensar en ella...

—Natural.

—Ahí, donde tú estás, se había sentado, cuando entró el Cerilla y pidió una copa en el mostrador.—Oye tú—le dijo Juan—, otra vez, saluda.—¿Estabas ahí?—contestó el otro—, no te había visto.—Es que—saltó Juan—vas teniendo tú mucho orgullo; ya te lo he dicho esta tarde en la obra; y á mí no hay quien me desprecie, ¿sabes tú?—Yo no te desprecio á ti ni á nadie.—Es que á mí el que me falta tiene que habérselas conmigo.—Bueno, hombre, bueno; como tú quieras—; y el Cerilla bebió su copa, la pagó y echó á andar hacia la puerta.—¿Sabes lo que he pensado?—dijo Juan, levantándose y atajándole al otro el paso.—Pues que á mí no me dejas tú con la palabra en la boca.—Mira, Juan, á mí no me gustan las cuestiones; ya sabes que soy tu amigo, y que...—¡Mi amigo! Lo que tú eres es un sinvergüenza y un cobarde, que te vas de aquí porque tienes miedo de que te eche á patas.

Se paró el Cerilla, miró á Juan, así muy fijamente, y luego encogiéndose de hombros, echó á andar para salir. Oye—gritó Juan, furioso y con los ojos como brasas—, ningún hijo de mala madre me vuelve á mí la espalda, y fué á coger al Cerilla por el brazo.

—¿Qué has dicho?—preguntó éste muy despacio, yéndose para Juan.

Todos los que estábamos en el establecimiento nos levantamos; pero antes de que pudiéramos ponernos entre los dos, Juan levantó la mano y le sacudió al Cerilla una bofetada, que... ¡me valga Dios!, sonó como un trueno. Luego aquello no fué visto, ni oído; ambos salieron á la calle; nos otros salimos detrás de ellos; pero no habíamos andado dos pasos cuando ya estaba Juan patas arriba, de la conformidad que os he dicho.

—¿Y el Cerilla?

—Toma, al Cerilla lo trincaron en seguida los guardias, y se lo llevaron á enjellones.

—¿Dices que Juan?...

—Murió aquella misma noche... Y mira tú lo que son las mujeres... Creerás tú que la suya, la Blasa, anda ya por ahí de mala manera...

—Claro, por mor del hambre.

—¿Y la madre del Cerilla?

—Pues anteayer murió en el hospital... La pobre estaba delica... y con el disgusto...

—De modo que Juan?

—En el Este.

—¿Y el Cerilla?

—En la cárcel.

—¿Y la Blasa?

—Pues ya puedes figurarte.

—¿Y sus hijos?

—En el Hospicio...

ZEDA

LA CONCENTRACIÓN

Cuentan de un pobre paciente que, al sentirse molestado, á un doctor muy afamado avisó inmediatamente.

Llegó el doctor al momento, y con su habitual reposo le hizo todo un minucioso formal reconocimiento, adquiriendo la evidencia de que, en plazo relativo, con un buen plan curativo cesaría la dolencia.

—¡Yo estoy muy malo, doctor!—el pobre enfermo decía—.

—¿Ay doctor... y qué agonía!

—¿Ay doctor... y qué dolor!

—¿En dónde?—dijo el galeno.

—¡Aquí, donde le señalo!

—¿A ver esa lengua?... ¡Malo!

—¿A ver ese pulso?... ¡Bueno!

—Esto, amigo, ya está visto.

—¿Todo eso no vale nada!

—Tome usted una cucharada de lo que le mande... ¡y listo!

Y extendiendo en el instante una receta concreta,

dió al criado la receta

y se marchó tan campante.

Lo malo fué que, al volver el doctor al otro día,

no encontró la mejoría

que era ya de suponer;

y por cambiar de algún modo su estado en más lisonjero,

le dió un *recepte* extranjero de esos que lo curan todo.

Tomó el paciente angustiado esa mixtura probada...

¡y, como la de antes, nada!

tampoco dió resultado.

Después le mandó un jarabe,

en seguida un sinapismo,

y nuestro enfermo lo mismo,

siempre igual y siempre grave,

y sin haberse aliviado

ni siquiera unos momentos

con los diez medicamentos

que le habían propinado.

El criado, un hombre fiel,

que era, aunque honrado y leal,

tan sumamente animal,

que no habrá dos como él,

viendo que ni un solo día

su pobre amo mejoraba,

á pesar de que tomaba

lo que el médico decía,

como muy bárbaro que era,

dióse un golpazo en la frente,

exclamó:—¡Ah!—de repente,

y dijo de esta manera:

—Si cada medicamento

no hizo solo efecto alguno,

un poco de cada uno

lo curarán al momento—

Y en su inmensa estupidez

no se anduvo con pampinas,

mezcló las diez medicinas

y se las dió de una vez.

Lo que al enfermo ocurrió,

fácil es de adivinar...

que en el acto de tomar

todo aquello ¡reventó!

.....

Para salvar la nación,

que ya agonizante está,

solamente queda ya

lo de la CONCENTRACIÓN.

Juntar en conclave odioso

elementos desiguales,

á fin de poner puntales

á un edificio ruinoso,

¿Y qué va á pasar, Señor,

en este berengenal?

Si sueltos lo hicieron mal,

¿no lo harán juntos peor?

¿No ocurrirá en el momento

de mezclar tantas doctrinas,

lo que con las medicinas

del enfermo de mi cuento?

LANZADAS

Excepción hecha de algún que otro periódico, nadie se ocupa ya de la tragedia de la Barceloneta. Y es que nos hemos acostumbrado al es-

pectáculo de la sangre. Y es que ya no nos importa nada de nada.

Sagasta «opera» sobre un pueblo muerto, completamente muerto. Cuenta, pues, con la impunidad de sus tropelías y se despacha á su gusto. Hace bien. ¡Nosotros los culpables, que lo consentimos!

En Málaga se ha vuelto loco un guardia civil. Porque también los guardias civiles, por más beneméritos que sean—¡oh, mezquindad humana!—, son susceptibles de perder la razón. «Y una vez loco», como ha dicho un periódico que no quiero nombrar, se dedicó á matar á los pacíficos transeúntes que se encontró al paso. Total: nueve muertos y cinco heridos en diez minutos.—Cantemos una vez más las excelencias del Mautser.

¡Oh, ese guardia es todo un símbolo!

Al señor Silvela le han entrado las grandes prisas por que se abran las Cortes.

El hombre necesita «vaciar»se. ¡Hace tanto tiempo que no nos molesta con sus discursos!

Sin embargo, la semana pasada se ha dado un banquete en Málaga, y ha brindado al final de la fiesta, en el momento peligroso—dígame el doctor Robert—de la digestión.

El champagne Codorniu no es el vino de la inspiración, ciertamente. Al menos al señor Silvela le inspira muy poco. ¡Qué serie de vulgaridades, de lugares comunes, de majaderías, dijo en su discurso de Málaga el pobre jefe de los conservadores! Daba pena oírlo, según dicen.

Y se nos ocurre una pregunta: ¿el señor Silvela es tonto? Hay quien opina que sí; hay quien opina que no. Y es que hay gente que ha nacido para llevar siempre la contraria.

¡Hablamos del proceso del principito de Braganza? No; porque no queremos dar gusto á los *luises*; no; porque no queremos fomentar la curiosidad del mal...

La hipocresía á veces puede ser una virtud más ó menos teológica. Yo creo que no tenemos derecho de asustar á las mujeres haciéndolas saber que hay hombres incapaces de amarlas...

¡Corramos el «aconsabido» velo sobre esa gran porquería del proceso Braganza!

¡Y que nos perdonen los *luises*!

Se ha verificado la apertura de los Tribunales (Permítanme ustedes que me estremezca en mi calidad de procesado).

Y el señor Montilla, ministro de Gracia y Justicia (de vez en cuando no está mal dar un bombo á uno de esos pobres diablos de ministros), ha pronunciado un discurso disolvente, solicitando la intervención de los médicos en el matrimonio, para que, «previo su inexcusable dictamen sobre la salud y condiciones físicas de los contrayentes, el juez no autorice enlaces que la ciencia estime funestos».

O lo que es lo mismo, que el señor Montilla, con la mejor intención, predica en favor del celibato.

¡Porque cualquier día se deja registrar ningún joven de los de *ahora*!

Esta generación de enclenques no tiene salud ni condiciones físicas para el matrimonio; créanos usted, señor Montilla.

La raza ha degenerado mucho.

Fíjese usted en los de arriba.

Y en los de abajo.

DON QUIJOTE

El desengaño en un libro.

—Tiene un talento muy grande—nos decía la mamá de Serafin.

—Pero ¡ha acabado la carrera!

—No, ni le hace falta. El con la pluma tiene bastante. Ahora va á publicar un libro, y, de seguro, lo vende todo. Como los editores son unos infames, ninguno quiso adquirir la obra, y entonces todos le aconsejamos que la publicase por su cuenta.

—Hace perfectamente.

Y así no se dará el caso de que se enriquezca á su costa ningún editor.

Serafin, alentado siempre por su familia, que le tiene por un genio colosal y maravilloso, está á

DON QUIJOTE

LA ACTITUD DE CANALEJAS

LAS DECLARACIONES DE SILVELA

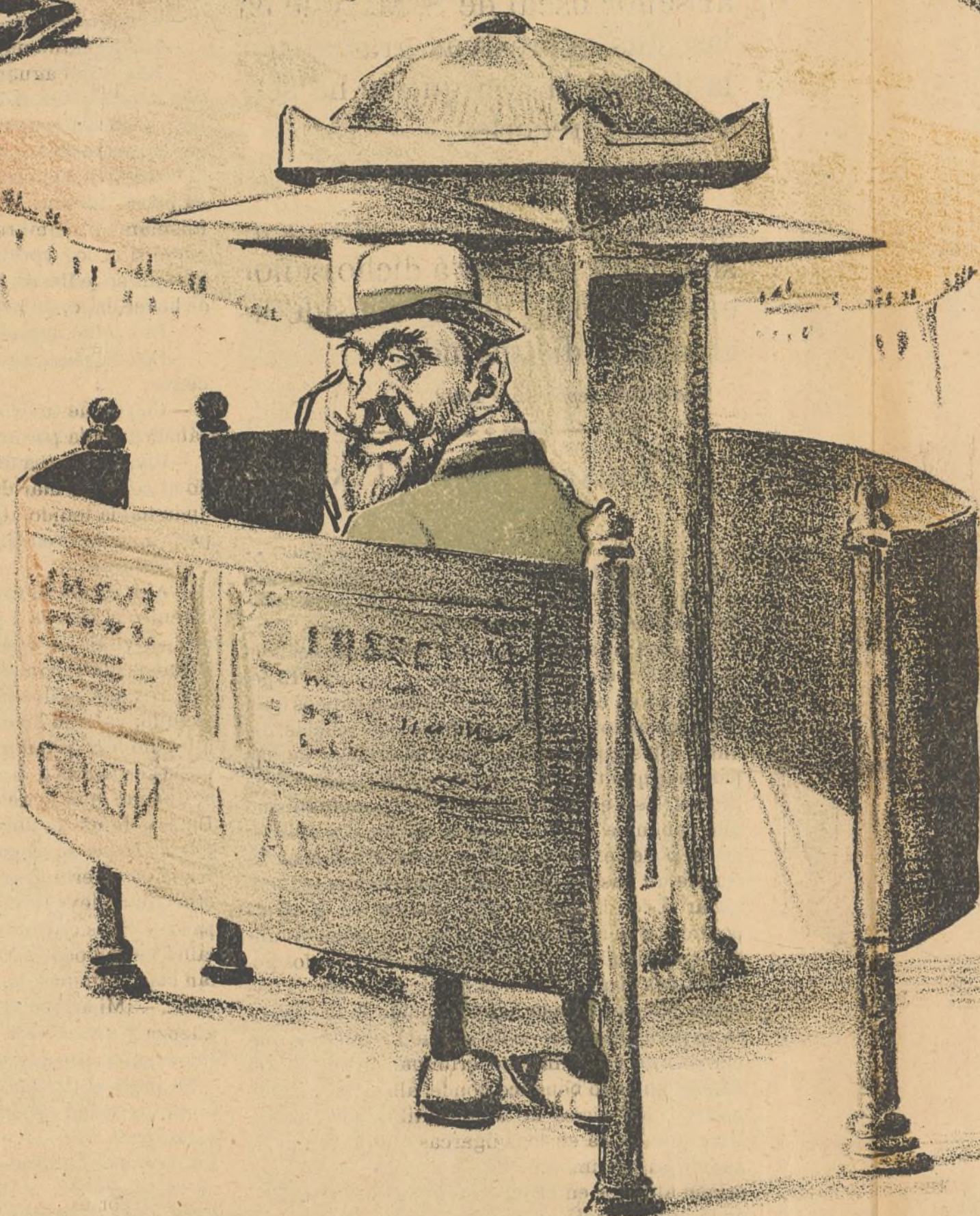
BIENOTECNA HUMORAL



Sigue durmiendo la siesta.



¡No le hagan ustedes caso; ha comido fuerte!



¡No entreis, que está escribiendo la contestación al Vaticano!



Don Práxedes.—¿Y que tal el viaje?
Veragua.—¡Admirable! ¡Ya ve usted
no traigo la cara hinchada!



LOS SUCESOS DE LA BARCELONETA

Don Segis.—No es nada... un obrero muerto. ¡Puede el baile continuar!



Don Práxedes.—¡Yo no sé porqué quieren que me retire
cuando estoy tan sano y tan fuerte!



Rampolla.—Ya tengo preparada la cesta de los papeles
para echar en ella la contestación del gobierno español.

LOS NUESTROS.—ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

punto de echar á la calle su primer libro, y desde que concibió este pensamiento no cesa de hablar del asunto. El siempre ha sido un vanidoso muy grande; pero ahora no hay medio de resistirle. Penetra en el café con un rollo de papeles en la mano, dándose tono, y dice, dejándose caer sobre el asiento:

—¡Maldito impresor! ¡Uff! ¡Cuántos disgusto me está ocasionando!

—¿Qué pasa?—le pregunta uno.

—¡Una friolera! Me había asegurado que el libro estaría impreso en 1.º de Abril; estamos en Junio y aún faltan las cubiertas. No sabe él los perjuicios que esto me ocasiona.

—¿Por qué?

—Porque temo que alguien se haya aprovechado de las ideas que emito en mi obra y salga publicando un libro antes que yo. Además, los libreros lo esperan con impaciencia.

—¿Tienes muchos pedidos?

—Muchos. Aun ayer estuvo en mi casa una prima segunda de mi madre, que ha sido ama seca de un corresponsal de Barcelona, y me pidió por favor que no retrasara el envío de ejemplares. Anteayer, en Ajólo, mientras hacían *Las Campanadas*, vino San Martín, el librero, á rogarme que le reservara 150 tomos. «—¡Hombré!—le dije,—Déjeme usted oír el coro de vendimiadores.» Pero él no se fijaba en la música ni en nada, y tuve que prometerle solemnemente que los 150 primeros ejemplares serían para él.

—¿Qué suerte!

—Hombre, sí; no puedo quejarme. La verdad es que había cierto empeño en el público porque yo escribiese un libro; y un tío que tengo en Jadraque está esperando que aparezca, para publicar mi retrato en la *Gusta señora*, periódico literario que ve la luz en aquella localidad.

Serafin consiguió ver impresa su obra, y lo primero que hizo fué dedicar ejemplares á los directores de periódicos, para que le diesen bombos. Después acudió á las librerías diciendo:

—Servidor de usted.

—Beso á usted la mano—contestaba el librero.

—Yo soy Serafin García de la Chumacera. Supongo que conocerá usted mi nombre.

—No, señor.

—¿Que no? ¡Parece raro! Pues bien: he dado á luz un libro original, que se titula *Ecos de una lira*. ¡Cuántos ejemplares quiere usted que le envíe!

—Hombre, la verdad: no me mande usted ninguno.

—¿Ninguno? Permita usted que me asombre. ¿Es posible que desdeñen ustedes la buena literatura?

—Bueno, pues, remítame usted... seis ejemplares en comisión.

—¿Qué quiere decir eso?

—En comisión quiere decir que tendrá aquí los tomos, y á medida que los vaya despachando irá usted recibiendo su importe, después de deducida mi comisión.

El pobre Serafin experimentó un desengaño horrible; pero no tuvo más remedio que reprimir su mal humor, y fué depositando ejemplares en la librerías, á la espera de los correspondientes rendimientos.

Todas las mañanas salía de su domicilio con objeto de recorrer los escaparates y contemplar su obra. De pie en la acera, esperaba que apareciese un comprador misericordioso, y en cuanto veía salir alguno con un libro en la mano, clavaba en él sus ojos y le seguía de cerca hasta poder leer el título de la obra.

¡Estéril afán! Nadie compraba los *Ecos de una lira*; pero no era cosa de que Serafin comunicase al mundo ese mal éxito. Antes, por el contrario, entraba todos los días en el café diciendo:

—Pues, señor, lo que yo me figuraba. El libro se vende como pan bendito.

—¿Sí?

—Esta mañana un senador del reino se llevó él solo quince ejemplares. Yo creo que deben ser para repartir entre sus electores más instruidos.

La mamá de Serafin no cabía en el pellejo de puro gozo, desde que el hijo de su corazón había dado á luz los *Ecos*; y en el paseo, en el teatro, en la iglesia, en todas partes sacaba la conversación del libro, á fin de que supiera el mundo entero que ella era la madre legítima del poeta famoso.

—¡Qué calor!—decía buscando un pretexto para hablar de su asunto.—En días así no debía una salir de casa. No hay cosa mejor que quedarse en paños menores con un buen libro en la mano. No es porque sea mi hijo, pero ha publicado *mi* Serafin un tomo precioso... *Ecos de una lira*... ¡Jesús! ¡Qué manera de vender!...

La prensa permanecía silenciosa respecto á la aparición del libro, y Serafin recorría las redacciones preguntando:

—¿No han recibido ustedes mi *Ecos*?

—Los ecos... los ecos... no hago memoria.

—Pues yo he enviado un ejemplar á cada redactor, y además uno para el ordenanza, porque sé que es aficionado á la lírica.

—Aquí no hemos visto nada; pero es igual. Le haremos á usted un suelto expresivo.

Pero el suelto no salía y Serafin comenzaba á perder las ilusiones y á maldecir á esta sociedad grosera que no lee versos ni se postra ante los favoritos de las musas.

Una mañana Serafin entró en la librería de *Gutenberg* con el ánimo preocupado y la mirada triste.

—¿Qué hay?—preguntó al jefe de la casa.

—Buena noticia—dijo éste.

—¿Cómo!

—He vendido un ejemplar de los *Ecos*.

El corazón de Serafin latió con violencia.

—¿Por fin!—exclamó lleno de júbilo.

—Ha venido á comprarlo una señora rubia, con lentes, y un lunar de pelo junto á la barba.

—¿Mi mamá!—dijo Serafin, dejando caer los brazos con desaliento.

LUIS TABOADA

IDEAS ALTRUISTAS

LA PROXIMIDAD DEL FIN

Han transcurrido cien años desde que, por primera vez, se expresó claramente la idea de que la humanidad puede vivir sin la esclavitud; y la esclavitud ya no existe entre los cristianos; aún no habrán transcurrido cien años á partir del día en que por primera vez se emitió la idea de que la humanidad puede vivir sin la guerra, y la guerra desaparecerá. Acaso sucederá con la guerra lo que con la esclavitud, y la abolición no será completa. Del mismo modo que el salario ha sobrevivido á la esclavitud, tal vez las violencias de la guerra sobrevivirán á la guerra misma; pero es indudable que la guerra y el ejército no subsistirán bajo la actual forma grosera, contraria á la vez á la razón y al sentimiento moral.

Y no son pocos los indicios que anuncian la proximidad de estos tiempos: nos limitaremos á indicar la perplejidad de los gobiernos, que aumentan sin cesar sus armamentos; el peso cada día mayor de los impuestos; el poder destructor de las máquinas de guerra, que han alcanzado el límite de la perfección; la actividad de los congresos y las sociedades de paz.

LEÓN TOLSTOY

CHOQUE

Hay un menbrete que dice: *Compañía de los ferrocarriles de Gramburgo á Merjolie. Estación número 26.*

Señor Inspector del tránsito: El Jefe que suscribe tiene el honor de poner en conocimiento de V. que hoy, á las nueve de la mañana, y en el paso á nivel próximo inmediato al N. de esta estación, ha ocurrido un choque, atropello y descarrilamiento en las siguientes circunstancias:

El tren descendente 1.043, marchando por la cuarta vía de la estación 5 á la 57, detúvose á la mitad del kilómetro 329 ante la señal del guarda de paso (Barrera 101) de hallarse interceptada la vía.

Causaba esta interceptación la galera del llamado tío Vetusto, de la cercana aldea de Pero Grullo, en cuya galera iba un cura católico.

Advertido dicho cura de que se apartase con carro y mulas de la vía, dijo que él pasaría antes porque era más viejo; á lo que repuso el maquinista que el tren pasaría antes porque era más rápido.

Y habiendo llevado su porfía á vías de hecho, pasó el tren sobre el carro, destrozando éste, descarrilando la locomotora y vagones de viajeros, y cayendo 90 metros adelante en el foso izquierdo del viaducto.

Avisado por el guarda-barrera, me he personado en el lugar del suceso, y tengo el sentimiento de participar á V. que el material ha quedado destrozado, excepto dos vagones llenos de carneros, y han muerto el sacerdote y todos los viajeros, cuya mayor parte iba á las fiestas de La Utopía. Las mulas del carro interceptor no han sufrido lesión alguna.

Me ocupo de instalar el transbordo que se hace necesario para todos los trenes.

Estos hechos se repiten con lastimosa frecuencia. Algunos jornaleros, alucinados, no sé por qué, ni por quién, llevan su temeridad hasta el extremo de pretender detener la marcha de los trenes, aguardando impávidos, y á pie firme, á la locomotora, que, como usted comprenderá, pasa sobre ellos, dejando sus cadáveres sobre la vía.

La mayor parte de los descarrilamientos que ocurren todos los días, se realizan colocando en los rails toda clase de objetos: sables, pistolas, garrotes, y hasta libros.

El tren de recreo 415, descarriló ayer, sufrió este percance por haber colocado—no se sabe quien—un ejemplar de la ley de E:juiciamiento criminal en el rail Este de la sexta vía, fuera de agujas.

Hay quien deja toros y potros mancados en medio de la vía férrea; pero éstos, más previos res que los racionales, huyen como pueden al

sentir el silbido de la locomotora y la trepidación del suelo.

Siento muchísimo, señor Jefe, que como ocurre todos los días, solamente los animales se salven de estas catástrofes. La fuerza guarde su materia muchos años.—El Jefe de la Estación 26, *Catón de La Igualta* 822.

SILVERIO LANZA

AL CAFÉ CON LA FAMILIA

La madre.—¡Gracias á Dios

que llegamos al café!

El padre.—Celebraré

que el agraz no te dé tos.

Un chiquillo.—¡Cuanto gozo!

Otro.—¡Calla, Cucufate!

El pequeño.—Chero el tate

La niñera.—(Chero el mozo.)

Pasa un mozo con conac

en dos botellas labradas,

y el padre rompe en palmadas

cual si fuera de la clac.

El mozo.—Voy al momento.

La madre.—¡Quiere acercarse?

¡Qué helados pueden tomarse

en este establecimiento?

El mozo, al galope.—Fresc,

avellana, mantecado,

piña, agraz, limón helado,

vainilla, arroz y frambuesa.

El padre.—¡Qué rapidez!

La madre.—¡Qué atrocidad!

¡Tendría usted la bondad

de repetirlo otra vez!

El mozo, un poco amoseado.

—Hay avellana, frambuesa,

agraz, vainilla, arroz, fresa,

limón, piña y mantecado.

¡Dan al mozo una gran lata.

Los niños piden, y el padre

no la concence á la madre

de que el helado la mata.

La madre.—A ver si me dejas..

Un niño, que es muy precoz.

—Quiero un sorbete de arroz.

Pero ha de ser con almejas.

El hijo mayor.—¡Yo sudo!

La madre.—¡Qué es eso, amor?

El niño.—¡Mamá, un dolor

de tripas morrocotudo!

La madre.—¡Quieres salir?

El nene.—Ya, ¿para qué?

La madre.—¡Qué horror! ¡Ya sé

lo que me quieres decir!

La niñera, al ver pasar

á un mozo.—¡Pillol! ¡Bribón!

El mozo.—¡Calla! ¡Asunción!

Al fin te vuelvo á encontrar.

La niñera.—Harás que estalle.

¡Tú me perdiste, canalla!

Otro mozo.—¡Calla, calla.

Varias voces.—¡A la calle!

La niñera monta en ira,

y el mozo con la ponchera,

amenaza á la niñera,

que suelta al niño y le tira.

Y al ir á verle el chichón

el padre empuja la mesa,

y el sorbete de frambuesa

le cae sobre el pantalón.

La madre, tosiendo á un lado.

—¡Ya me dió la tos ferina!

El padre.—¡Si sabes, Lina,

que á ti te mata el helado!

La madre.—Esas son bobadas.

El padre.—¡Sí! Ya verás.

Desde hoy no refrescas más

que judías estofadas.

El padre.—Mozo, ¿qué debo?

El mozo.—Veintidós reales.

(Se asustan los comensales

y lo ponen como nuevo.)

La madre.—¡Vamos, José!

El padre, dando suspiros:

¡Qué me peguen cuatro tiros

si os traigo más al café!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

MI VIRGEN

Yo la llamaba «mi Virgen», y sentía por ella un amor plácido y tranquilo, un amor de esos que no dan que sufrir ni tampoco que gozar.

¡Si fuera posible describirla, retratarla con palabras!

Figuraos una mujer eternamente joven, que tuviera siempre veinte años—Ninon de Lenclos, ideal—; ni alta ni baja, de estatura admirablemente proporcionada; blanca, pero pálida; de ojos intensamente azules; de pelo rubio, muy rubio; de boca pequeña y grave... Una belleza de estatua, majestuosa hasta la altanería, severa é imponente.

Y luego, en toda ella, un no sé qué especial; el espíritu predominando sobre la materia; su alma manifestándose por todo su cuerpo...

Había que colocarla en un altar y adorarla con adoración extraña, como Santa Teresa de Jesús adoró al hijo de Dios.

Yo la hablaba siempre de rodillas, en acatamiento supremo á su belleza, y la rezaba todas las oraciones del amor humano y del amor divino, como el artista puede rezar ante la Venus mitológica, como el creyente puede rezar ante la Virgen cristiana.

Y besaba con unción sus manos pálidas, cruzadas de venas azules, y sus pies divinos, pequeños y carnosos como los de los angelitos de Murillo.

«Mi Santa Teresa!» Así la llamaba yo, y ella se reía plácidamente, con satisfacción, pero sin alegría, muy complacida de que la tratara con

tanto respeto, de que sintiera por ella tal admiración.

—¡Tonto! Yo no soy una santa ni quiero serlo. Soy una mujer como otra cualquiera; una mujer vulgar, llena de defectos, un poco presuntuosa, un mucho alivia...

Yo la hacía callar á fuerza de besos.

—No tienes derecho para hablar así; tú eres un ser excepcional, una mujer única, una santísima; tú eres la Virgen en todas sus advocaciones: la Virgen de Gracia, la de la Consolación, la de la Esperanza...

Y ella entonces se reía con toda la boca, halagada en su orgullo, contenta de sí misma...

—... Bendita tú eres entre todas las mujeres...

Y arrodillándome á sus pies—ya he dicho que yo no podía estar ante ella en otra posición—la rezaba exaltado todas las oraciones del amor.

—Celestial princesa... Divina Virgen... Angel de mi guarda... Estrella matutina... ¡Gitana mía!

Y como yo era el elegido, de su corazón, floreció mi vara como floreciera la de San José, y mi Virgen fue virgen y madre.

—¡Oh poder del divino amor!

MIGUEL SAWA

LIBROS

Las Iglesias del Estado—La obra del joven escritor González Blanco (D. Edmundo) que hemos recibido, publicada por *La Editorial Moderna*, es un libro llamado á obtener gran resonancia.

El asunto dilucidado en él no puede ser de más interesante actualidad: *la influencia de las religiones, principalmente la romana, en los Estados antiguos y modernos, y el fundamento sociológico de tan debatida relación*, tratado desde el punto de vista científico. No es un libro anticlerical en el sentido que suele darse á esta palabra; lo es si, como hacen los intransigentes, llamamos anticlerical toda lucubración que trate las cuestiones religiosas con absoluta independencia, sin someterse al criterio cerrado y á los imperativos absolutos que dictan el interés y los egoísmos hieráticos del ultramontanismo.

Las Iglesias del Estado forman un tomo correctamente impreso, que lleva al final el programa de la *Sección de estudios religiosos* que se propone publicar esta casa (el primero fué la *Memoria sobre la Inquisición*, por Llorente); y cuyo precio es el insignificante de una peseta.

La *Colección Diamante*, de Barcelona, ha publicado el originalísimo libro de Cyrano de Bergerac, *Viaje á la luna*, obra curiosísima, cuya lectura recomendamos al señor Sagasta, ¡ese habitante de las estrellas! y demás fusionistas antiliteratos.

Precio del libro: 50 céntimos.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

Un telegrama de Loubet: «*Boheda del Jalón, Caballero de Gracia, 56, Madrid.*—Remítanme mil botellas exquisito *Vino Valgañón*. Celebro gran banquete Eliseo.»

¡Qué muebles más artísticos, más elegantes los que fabrica D. A. Vallejo, Abadía, 17! ¡Todavía no le han dado la cruz de Alfonso XII!

Diálogo cogido al vuelo: —Chico, he hecho el gran negocio. —¿El gran negocio? —Sí, me he asegurado la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*. —¡Dichoso tú!

¡La copa de *Antes del Mono* en la mano, brindemos por la revolución de 1868!

Se cede una buena habitación para vivir en familia, con asistencia ó sin ella, calle del Nao, número 6, principal, izquierda.

PAPEL PARA FUMAR

marca REPÚBLICA ESPAÑOLA

Esmerada y pura fabricación Alcoyana. Depósito en Madrid: Concepción Jerónima, 16. Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.